



Heidelberg / Imagen tomada de: pixabay.com

Para desentender-me de Alemania To get rid of Germany

Douglas Bohórquez¹

Universidad de Los Andes, Trujillo, Venezuela.

djbohorquez@gmail.com

Recibido: 10-11-2020

Aceptado: 15-12-2020

Nunca conoceré a Alemania. Nunca la entenderé. Aunque siempre ha estado presente en mi vida, creo que no la comprenderé. Vivo muy lejos, en un pequeño pueblo de montaña, en un país sudamericano. A veces pienso en ella pero sé que es difícil y como si fuera el sueño de un reino imposible, se me escapa. De algún modo he llegado a amarla, a admirarla, aunque sé que somos diferentes. Hace algunos días yo pensaba ir un tiempo a las cercanías de un lago, cuando me dijeron que debía ir a Alemania.

1. Licenciado en Letras (LUZ), Doctor en Semiología de la Universidad de París VII. Ha sido profesor invitado en universidades europeas y de América Latina. Sus áreas de estudio son la literatura venezolana, la literatura latinoamericana y la teoría literaria. Profesor titular de la ULA- Trujillo.

Todo ocurrió cuando una mañana mi hijo Gabriel, que vive allá intentando encontrar trabajo y continuar su formación como médico, nos llamó a mi esposa y a mí para decirnos que había tenido un accidente en su bicicleta. Él mismo nos informó, ya en el hospital, que pronto tendrían que operarle una pierna, pero todo está bien, agregó, no se preocupen. Mi esposa y yo hicimos maletas. Por fin, me dije, conoceré ese gran país, estaré adentro, veré las grandes ciudades, observaré cómo son las personas, las tiendas lujosas, las suntuosas avenidas, los puentes, sus árboles y sus ríos. El viaje fue accidentado: traslado a la frontera colombiana, tiempos de espera, exigencias de un nuevo boleto aéreo, cansancio, malestar de estómago. Tantas horas de vuelo, tantas escaleras mecánicas, tantos registros en los aeropuertos, tantos “señor, no puede”, tanto mostrar papeles hasta comprobar que no somos terroristas. Hay mucho miedo en el mundo, me dice mi esposa. Tuvimos que hacer trasbordo en el aeropuerto de Barajas y casi nos deja el avión. Cuando llegamos no sabíamos adónde ir. Tomamos un tren que supusimos era el indicado. Cantidad de veces tuve que preguntar dónde estaba. Los viajes aturden, pero dan esperanzas, me digo a mí mismo. Observo que la temperatura es de cinco grados: comienza el invierno. Por fin, estábamos en Heidelberg, la bella ciudad alemana, famosa por su antiquísima universidad. Tomamos un taxi que nos condujera a la casa donde vivía Gabriel antes de su accidente. Es de noche y poco podemos ver desde el auto, que asciende lentamente hacia unas residencias de montaña. Ahora que he llegado, que estoy adentro, sé que no será fácil conocer Alemania.

La primera residencia a la que llegamos es una mansión familiar ubicada en lo alto de una urbanización de gente adinerada. Es casi de noche. El taxi nos deja frente al número de la vivienda indicada. En efecto, después de casi veinte horas de viaje, entre aviones, trenes, aeropuertos y autos, todo me indica que estoy en Alemania. Pagamos al señor del taxi y descendemos. Tocamos el timbre. Nadie sale. Volvemos a tocar. Por fin nos atiende una señora. Suponemos es la dueña de la casa. Gabriel nos informó que conoce algo de francés. Nos presentamos. Es una alemana alta y robusta. Nos manda a entrar, pero nos indica que debemos hacer silencio, que hablaremos mañana. Nos conduce a una habitación con colchonetas. Será nuestro cuarto. Nos sorprendemos que no dispongamos de camas pues hemos pagado el equivalente a una habitación de hotel.

Al despertarme al siguiente día me visto y salgo a dar un breve paseo por los alrededores, mientras mi esposa termina de arreglarse. Observo que se trata de una casa muy bien acondicionada. Pienso que todo se corresponde con un estilo de pequeña burguesía adinerada. Al descender la escalera me encuentro sorpresivamente con la señora. En su torpe francés, me da unos secos buenos días y me señala instrucciones de cómo debemos comportarnos. Prohibido el uso de la cocina y del comedor, me dice. Son vajillas e instrumentos muy costosos, agrega. Ahora recuerdo la triste anécdota que nos contara Gabriel: una vez olvidó las llaves de la casa y tuvo que pasar la noche afuera, en un Mc Donald, tomando té, pues la señora no le abrió la puerta. Ya percibo que mis costumbres son diferentes.

Aunque mi infancia y parte de mi juventud transcurrió entre nubes, pájaros y cabras me enseñaron a ser gentil. Nunca aprendí el idioma alemán, solo un poco de francés. Estamos en un pequeño pueblo llamado Neckargemünd y aunque también hay árboles, calles y un río como en nuestro pequeño pueblo sudamericano, ya sé que los modos de vida son diferentes. Optamos por solicitarle que nos llame un taxi para dirigirnos al hospital. Mientras descendemos observo que es una urbanización de grandes casas, algunas de varios niveles, separadas unas de otras por amplios patios y jardines.

En diez minutos, el auto se detiene frente a un inmenso edificio. Entramos. Es un hospital ortopédico tan bien acondicionado que parece un hotel. Felizmente nos enteramos que nuestro hijo fue operado satisfactoriamente y reposa convaleciente en el hospital.



Neckargemünd / foto: Andres Held www.naturfoto-held.de

Entramos a la habitación: lo atiende una médico joven. Saludos y abrazos. Le hablamos de las extrañas atenciones de la señora de su residencia y nos explica que se ha divorciado y ahora comienza a alquilar habitaciones, para cubrir gastos y no sentirse sola. No es amable, le decimos a nuestro hijo. Si, ella es así, nos responde. Pienso para mí que algo tiene de bruja. Quizás cree que desconocemos ciertas reglas elementales de convivencia ¿Nos confunde con animales que hablamos un extraño idioma? Nos resulta un tanto inhóspita su actitud. Felizmente Gabriel ya sabe expresarse en alemán y será, cuando se recupere, nuestro intermediario. Cuando habla yo me limito a escuchar y a mirar.

Fuera de la casa de esta extraña señora, disfruto. Mirar es lo mejor que me puede pasar. Veo las personas, los vehículos nuevos, potentes, los objetos o instrumentos a nuestro alrededor y las casas, sobre todo las casas. Es una arquitectura que se distingue por su uniformidad y sus buenos diseños, distinta a la de nuestros países latinoamericanos, heterogénea, diversa, según los gustos y recursos de cada propietario. La gente pobre suele vivir en viviendas humildes construidas a veces de barro o de materiales de desecho. Aquí se ve que priva un conjunto de estrictas normas de construcción y diseño. Estamos en el primer mundo, me recuerda mi esposa.

Intento comprender. Después de varios días de visitar a Gabriel en la clínica, hemos visto cómo cuidan a los enfermos. Hay hospitalidad en este hospital, al parecer. Ha comenzado el invierno y cae nieve. Viajar para conocer me hace feliz. Pero es difícil. Ya no soy tan joven y el idioma es para mí como un terreno pantanoso, como una selva poco accesible. Sin embargo, intento aprender algo de alemán, descubro palabras que son como el salvoconducto a secretos e inmensos jardines. Poco a poco organizo frases que me conducen a un país misterioso, insospechado. Decidimos mudarnos, no soportamos a la engreída señora alemana. Nuestro hijo requiere calma para su recuperación y la casa está en la altura de una montaña. Cuesta llegar allí. Gabriel nos dice que encontraremos con seguridad, un mejor lugar donde estaremos tranquilos

Después de algunas búsquedas a través de internet, nuestro hijo ubica otra vivienda. Nos mudamos. Estamos ahora en otro sector de la misma ciudad, en una casita que es como parte del jardín de una gran casa. Claro, no es una casita para perros, pero vista desde arriba

podría pensarse. Según he podido observar, en estos lugares no es una calamidad ser perro. También los perros aquí son bien atendidos. Dicen que algunas personas prefieren tener perros en vez de hijos. ¿Es esto parte de lo que es una civilización? Cuando buscábamos un espacio para alquilar, finalmente mi hijo encontró a la dueña de esta “casita”. Se trata de otra señora alemana, ahora sí, amable, que dijo tener una “maisonette” y aunque la palabra es francesa, el tono en que lo pronunció era alemán. En lo que luego entendimos fue un gesto de solidaridad, se dispuso con su marido a buscarnos al taxi para ayudarnos con las maletas. Es amable, me dije y pensé que era raro. Es el reverso de la primera señora de trato agrio y descortés. Ahora cada cierto tiempo nos visita, cordialmente nos saluda, aún no somos amigos, pero viene a ver cómo estamos, cómo nos sentimos. Habla en alemán con mi hijo y en ocasiones intercambia con mi esposa y conmigo algunas palabras en francés. Hemos sabido que ella y su marido son fervientes católicos, docentes jubilados y la casa donde viven aparenta ser muy amplia. Se les nota tranquilos y apacibles, gentiles. Nos sugieren que un día nos invitarán a comer algo. En todas partes, me dice mi esposa, habita un ángel de la concordia. Si, le digo, no es que la gente sea buena o mala, pero esta señora parece un hada madrina

Nuestro hijo nos hace saber que las personas suelen ser amables y cordiales, pero veo que lo contrario es también posible y en ocasiones frecuente. ¿Qué significará para Gabriel ser cordial?, me pregunto. Recuerdo a Freud: la civilización comporta a veces un insidioso malestar. Mi hijo, sin embargo, no se queja, tiene amigos con los que ríe e intercambia divertidas historias. Me habían dicho que los alemanes solo trabajaban y no reían. Ahora sé que también aman, según me dice mi hijo porque lo ha visto en las películas. En los supermercados y en las taquillas de los bancos he observado que son ordenados y gentiles. No debo tardarme en pagar, me recomienda Gabriel, porque las personas disponen de poco tiempo y todo está ordenado y sincronizado. ¿Cómo máquinas? le pregunto. No, como seres civilizados, me ha dicho. Sí, porque el orden, la programación, el decoro es también parte de una civilización, pienso.

En el tranvía, una mañana una joven y bella madre alemana entra con su niño de apenas meses en su lujoso coche. Veo la ternura y el cuidado que presta a su hijo. ¿Será verdad que son cordiales los alemanes?, vuelvo a preguntarme. Transcurridos dos meses en los que me ocupo en acompañar a Gabriel a sus terapias de la pierna, debemos

dejar a Neckargemund. Nuestra diversión preferida era ir de paseo a la cercana Heidelberg y caminar por sus simpáticas calles principales que dan acceso a atractivos y antiguos edificios. Después comíamos en su majestuoso restaurant universitario pleno de vida alegre y entusiasta, colmado de estudiantes de distintas partes del mundo.

Ahora hemos venido a Berlín, donde mi hijo continuará una nueva fase de su tratamiento. Una tarde al caminar, atrae mi atención una muy bien dispuesta pastelería. Atiende una bella joven. Como apenas sé saludar, señalo entre la apetecible variedad de panes y tortas, lo que deseo. La joven, risueña, acoge mi solicitud. En otra oportunidad al pasar por el mismo lugar, veo a la misma joven en la misma pastelería. Nos miramos desde la puerta de vidrio. Parece recordarse de mi rostro. Me sonrío. Definitivamente creo que no entenderé a Alemania. La ciudad, lastrada por tantas guerras ¿es ahora cortés?, ¿cordial?

En otra oportunidad voy con mi esposa a un museo a ver una exposición sobre las relaciones entre Walter Benjamín y Bertolt Brecht. Como no conocemos la dirección exacta, pregunto por el nombre de la calle. Las personas a las que nos acercamos no parecen muy dispuestas a atendernos. Por fin logramos llegar. En el museo todo está estrictamente ordenado. Nadie pregunta nada. Nadie habla con nadie. Nos limitamos a ver. Cuando salimos vamos a caminar por los alrededores. No sé exactamente hacia cuál sector de la ciudad nos hemos desplazado. Seguimos, para llegar, las indicaciones que nos trazó Gabriel. Tomen este tranvía y después combinen con este otro, nos dijo. A diferencia de él, y de tantos extranjeros que he observado en las calles, no disponemos de GPS (sistema de posicionamiento global). Aunque ha transcurrido parte del siglo XXI, soy en muchos aspectos, un habitante del siglo pasado.

Berlín es para mí una insólita encrucijada de tranvías, calles y avenidas que no logro comprender. Bella, pero inaccesible. Cuando decido salir a dar algún paseo, me atengo a un pequeño mapa para no perderme. Camino y contemplo. Veo un antiguo y hermoso puente. Veo ciertas edificaciones suntuarias o antiguas que llaman mi atención. No logro saber a qué están destinadas. Imagino que pertenecen o han pertenecido a una aristocracia o burguesía adinerada. ¿Qué hay detrás de los gestos aparentemente normales de tantas personas que miro en los trenes, en los restaurantes, en las calles? Muchos extranjeros, huyendo de difíciles condiciones de vida han venido aquí a intentar hacer una nueva existencia.

La inmigración es un problema permanente. Berlín tiene definitivamente un perfil multicultural. Sin embargo, grupos políticos de ultra- derecha prácticamente exigen cerrar las fronteras. ¿Será que aún pervive el mito de la raza pura? Entonces, me pregunto, ¿a los alemanes los hace felices sentir que son alemanes? ¿Sienten un orgullo del inmenso legado cultural al mundo o de ser un país vanguardia en la Unión Europea? ¿No recuerdan los trágicos años de guerra en que muchos huyeron a distintos países del mundo? He sabido en efecto, que los más adultos o mayores no olvidan el vergonzoso pasado nazi. Imagino los grandes capitales que circulan en este país. Sé que riqueza y bienestar materiales no se traducen siempre en felicidad. Sin embargo, no observo ostentación o lujo en el comportamiento de los alemanes.

En las calles las personas están normalmente vestidas, sin poses snobs, ni estridencias. Sé, sin embargo, que detrás de esta normalidad, detrás de cada rostro y actitud aparentemente normales pueden habitar el desamor, la tristeza, la rabia o la locura. Para no ser ingenuo, pienso en una psicología que detrás del desarrollo, de los inmensos logros de esta civilización europea ha sabido ver igualmente mucha contención de anhelos, muchas frustraciones personales, es decir deseo contenido y represión, ¿es el malestar de la civilización?

Pronto debemos regresar a nuestro país. Gabriel ha mejorado. Decido conocer un supermercado ruso cercano al apartamento donde estamos. Busco una cerveza para llevar. Dicen que Alemania tiene algunas de las mejores cervezas del mundo. Es parte de su cultura y de su tradición, pero esta cerveza que he comprado es diferente, tiene mayor grado alcohólico. Me la tomaré para brindar por todo lo que he visto y disfrutado. Pago y salgo. Decido continuar caminando.

Me alejo y por extraño azar veo una pastelería que me parece conocida. Me acerco. Hay una placa en la pared que indica que es una pastelería muy antigua. Es la misma pastelería a la que un amigo de mi hijo nos condujera a mi esposa y a mí hace casi un mes. Me sorprende volver a encontrar en esta ciudad tan vasta y desconocida para mí, la misma pastelería que hace tiempo quise conocer. Entro. Una bella dama me atiende. A través de señas logro indicarle el pequeño fragmento de pastel que deseo. ¿Cuántos años de cultura gastronómica fueron necesarios para elaborar estas exquisiteces?, me pregunto. Seguramente cientos o miles. No lo sé. Pero sospecho que todo aquí es producto de una tradición, de un arte de la pastelería que no se presta al

mal gusto o a la improvisación.

Hacer panes es un oficio milenario que suscita mi interés. Pago mi consumo. Debo regresar. Salgo y ya es casi de noche. No sé por qué pienso en el Berlín de los locos años iniciales de las vanguardias artísticas, en los inicios del siglo veinte, en el desenfreno sexual, en los cabarets colmados de mujeres y soldados que beben y bailan en excitantes movimientos. Ahora a este Berlín apacible que recorro se le yuxtapone el recuerdo de imágenes de una vieja película. Esta tarde aquí, sin embargo, en la pastelería pude disfrutar de calma y tranquilidad. Esto es también una civilización, me vuelvo a decir. Felizmente, pienso, esta ciudad, tan asediada por la locura, la guerra, el arte y la genialidad, no excluye la serenidad, la sorpresa y el azar.



Heidelberg / Imagen tomada de: www.surfingtheplanet.com